

POR ENCIMA

[...] Es la víctima de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas [...] Éxodo 12:27.

¡Noche oscura en Egipto! El ángel destructor visitaba las casas; los primogénitos morirían, por causa de la rebeldía de Faraón. En este mundo, nadie vive para sí. La influencia y la responsabilidad que ejercemos tienen consecuencias; mucho más, en el caso de los líderes. Y Faraón era el líder de aquella nación.

Pero, el ángel había recibido la orden de no tocar a los primogénitos de las casas cuyo dintel estuviese manchado con sangre. Era la sangre del cordero pascual, símbolo de la sangre de Cristo que limpia el pecado de la humanidad.

Aquella noche era una noche de fe. ¿Quién podría garantizar que una simple mancha de sangre podría librar a los hijos de Israel, de la muerte? El pueblo solo tenía que creer. Creer significaba vivir. El ángel destructor pasaría por encima de las casas donde se había ejercido la fe.

El tiempo ha pasado, pero las cosas no han cambiado. La salvación continúa siendo un acto de fe. Multitudes piden pruebas. “¿Qué puede hacer Jesús en mi caso?”, se preguntan. “Hay otras soluciones a mi alcance, más prácticas, viables y razonables”.

Seguramente, sí. Aquella noche en Egipto también las había. Trancar la puerta, por ejemplo. Forrar los techos y las paredes de metal, irse al lugar más oculto, no sé; los seres humanos somos especialistas en buscar soluciones “prácticas”. Pero cuando el ángel pasase, solo perdonaría las casas cuyo dintel estuviese manchado de sangre.

Esta es una figura del día final de la historia de este mundo. Cuando Jesús vuelva a la tierra para llevar a sus hijos y la destrucción final se aproxime a los hombres, solo serán salvos aquellos cuyo corazón esté manchado con la sangre del Cordero.

Hoy es el día de pensar el tipo de soluciones que estoy buscando. ¿Soy capaz de creer en el evangelio, en su simplicidad y en su pureza? ¿O estoy buscando soluciones sofisticadas que “convenzan” mi raciocinio acostumbrado al mundo de las luces?

No comiences tus actividades hoy, sin tener la seguridad que la sangre del Cordero ya manchó tu vida, porque solo Jesús “es la víctima de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas”.

CONOCER A JESÚS

El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. 1 Juan 2:4, 5.

Alicia parecía un festival de colores y de vida; un arco iris deslumbrante. Siempre era así! Para ella, todo era colorido. La seda rosada dibujaba la exuberancia de su amor; el blanco lino la hacía melancólica cuando lloraba; y el terciopelo rojo combinaba con la insensatez de su alocado corazón.

Decía que amaba a Jesús; que el Cristo del evangelio era el gran amor de su vida; que, por él, sería capaz de hacer cualquier cosa. Pero, jugaba con la vida y manipulaba los principios.

Argumentaba que un Dios de amor no era coherente con las reglas; que los Mandamientos eran cosa del pasado: los limitaba a una montaña llena de humo, fuego y sonido de trompetas. Ella prefería el Calvario, el monte del amor, donde Jesús pagó por sus pecados.

¿Para qué preocuparse en obedecer? La “gracia de Cristo” era, para ella, un manantial de agua fresca, que le permitía vivir como se le antojase. Y así vivió.

Hasta el día en que descubrió sus sueños despedazados. Entonces, la seda rosa ya no tenía atractivo, ni el lino blanco; tampoco el terciopelo rojo. No había más alegría en su vida.

El apóstol Juan ya lo había advertido, siglos atrás: “El que dice yo le conozco y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso”. La mentira condice con la oscuridad. Por eso, aquella tarde, que podría haber sido alegre, se volvía triste, a pesar del sol inmenso que ardía, como bola de fuego, hundiéndose en el mar.

Nunca es tarde para revisar lo que llamas “cristianismo”. Quien dice conocer a Jesús, no toma al Maestro de la mano y lo lleva por donde quiere. El cristianismo auténtico es sumisión a un Dios que te conduce hacia la tierra de la libertad: liberación del libertinaje y de la tiranía de los deseos humanos.

Mira a lo lejos hoy, y pide a Jesús que te ayude a andar con él. Porque “el que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él”.

MANO PODEROSA

Y endureció Jehová el corazón de Faraón rey de Egipto, y él siguió a los hijos de Israel; pero los hijos de Israel habían salido con mano poderosa. Éxodo 14:8.

Aunque no le gustaba la medicina, Lucía, obedeciendo a su madre, había intentado seguir la carrera. Hubiera hecho lo imposible por conseguir la aprobación del ser que la trajo al mundo; sin embargo, jamás pudo pasar del segundo año. Y se sentía un fracaso. Ese sentimiento de derrota la llevó al camino de las drogas, sin que la madre lo percibiese. Cuando por fin la verdad salió a la luz, ya era demasiado tarde: la pobre joven se encontraba esclavizada.

Hay cosas que no tienen explicación. ¿Por qué, a veces, creemos que huir es la mejor salida para los problemas que enfrentamos? Los vicios son cuevas donde nos escondemos, por miedo de enfrentar la realidad; cuevas oscuras y profundas, donde nos atormentan los monstruos imaginarios que fabrica nuestra imaginación enfermiza. Lucía se sentía así: perseguida por mil demonios; atormentada por un verdugo implacable; desesperada y con ganas de morir. Parecía el pueblo de Israel, huyendo de las manos impiadosas de Faraón.

Mientras camines por las sendas escabrosas de este mundo, te vas a encontrar infinidad de veces con las fuerzas del mal, que intentan destruir tu vida; circunstancias adversas, barreras indestructibles, muros gigantescos, imposibles de ser escalados. En esas horas, no te escondas, no huyas, no busques muletillas: enfrenta a tus enemigos en el nombre de Jesús.

Recuerda que el Señor libró a Israel con mano poderosa, y aunque el enemigo también tiene poder, nada puede hacer ante el Rey del universo.

Hoy puede ser un día de victoria para ti. No trates de ganar la guerra; vence solamente la batalla de este día. Los grandes triunfos son la sumatoria de las pequeñas victorias. Haz de este día un día de victoria.

¿No tienes fuerzas para luchar? Israel tampoco las tenía. ¿Qué podría hacer un batallón de pastores de ovejas y fabricantes de ladrillos frente a un ejército armado hasta los dientes? Pero, aquel pueblo humilde no estaba allí por su propia voluntad: Dios lo había libertado, y el Señor no conoce de derrotas.

Por lo tanto, enfrenta hoy tus leones, tus tormentas y tus faraones recordando que “Faraón rey de Egipto, siguió a los hijos de Israel; los hijos de Israel habían salido con mano poderosa”.

SI DESPOJAS, SERÁS DESPOJADO

Por cuanto tú has despojado a muchas naciones, todos los otros pueblos te despojarán, a causa de la sangre de los hombres, y de los robos de la tierra, de las ciudades y de todos los que habitan en ellas. Habacuc 2:8.

La retribución es una ley natural de la vida: “Siembra vientos, y cosecharás tempestades”, han repetido las personas desde los tiempos antiguos. Y no existe verdad más concreta. Si realizas actos de bondad, ciertamente las personas te retribuirán de la misma forma. Pero, en los tiempos del profeta Habacuc, la nación caldea era el ícono mismo de la perversidad. La perversidad es la intensificación de la maldad. ¿Puede haber mayor maldad que despojar al que fue derrotado? ¿Hacer leña del árbol caído?

El mensaje de hoy es un mensaje de advertencia en contra del abuso de la superioridad. No importa en qué nivel te encuentres ni cuál sea tu posición, siempre existen personas más débiles que tú. Respétalas; no abuses de tus fuerzas o de las condiciones favorables en las que te encuentras.

Los caldeos eran sanguinarios. No se conformaban con derrotar a sus enemigos sino que avanzaban como fieras hambrientas sobre sus víctimas indefensas y abusaban de ellas. Esa actitud, más tarde o más temprano, les traería consecuencias catastróficas. El profeta Habacuc profetizó que la hora de los caldeos había llegado y ellos sorberían el cáliz amargo que hicieron beber a otros.

Haz de este un día de justicia. A lo largo de tu camino, vas a encontrar gente que no puede luchar con tus armas: respétalas, sé humano y compasivo. Las personas golpeadas por la vida ya están sufriendo las consecuencias de sus decisiones equivocadas; el peso de la culpa las atormenta. ¿Para qué hacerlas sufrir más? ¿Para qué echarles en cara que no prestaron oídos a los consejos que les diste un día?

Es fácil reírse del que sufre, del herido, del que no tiene más fuerzas. Pero, se necesita de mucho valor para perdonar, para extender la mano al que un día te hirió. Sin embargo, Dios está dispuesto a darte fuerzas para esto: en la medida en que cultives el compañerismo diario con Jesús, su carácter se reflejará en tu vida, y serás capaz de ayudar al caído.

No olvides el mensaje de Habacuc a los caldeos: “Por cuanto tú has despojado a muchas naciones, todos los otros pueblos te despojarán, a causa de la sangre de los hombres, y de los robos de la tierra, de las ciudades y de todos los que habitan en ellas”.

EXTENDIÓ SU MANO

Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirase por recio viento oriental toda aquella noche. Éxodo 14:21.

Estela nunca supo cómo pudo llegar a su casa; sentía que las fuerzas la habían abandonado. Se tiró, lánguidamente, en la cama, y por horas su mirada, enajenada, permaneció absorta en el techo. En su mente, giraba un solo pensamiento: su automóvil había sido sostenido por manos invisibles; de otro modo, a esas horas ya estaría muerta. La manera en que el vehículo fue devuelto a la carretera, cuando estaba prácticamente en el abismo, había sido un milagro. Solo que había un pequeño problema: ella no creía en milagros.

¿Existen los milagros? ¡Claro que sí! La Biblia, y la vida, están llenas de ellos. El versículo de hoy presenta uno. El pueblo de Israel había llegado a las orillas del mar Rojo. No había más salida; desde la perspectiva humana, había llegado el fin. Pero, entonces, Moisés levantó la vara y el milagro sucedió: apareció un viento oriental, y el mar se abrió, para dar paso al pueblo de Dios.

Para muchas personas, esto no tiene lógica; no hay razón que lo explique. Pero, si quieres pasar a la historia como alguien que escribió una de sus líneas, en más de una oportunidad es necesario rechazar la razón, como si fuese un trasto viejo, y volar en alas del espíritu: si deseas entenderlo todo con la razón, no volarás jamás.

La vida cristiana es una vida de fe. Con frecuencia, es necesario sacar el pie del barco y colocarlo en el agua, aunque el mar esté embravecido; es la única manera de andar sobre el mar.

¿Cuál es el Mar Rojo de tu vida, hoy? ¿Cuál es el problema que parece no tener solución? ¿Ya hiciste todo lo que humanamente podías haber hecho? Entonces, dale una oportunidad a Dios; deja que él te conduzca por los valles y por las montañas de la fe.

Busca al Señor. Ora, clama a él. Reconoce tu incapacidad, ríndete a sus pies, acepta tu dependencia; vuélvete como un niño. ¡Y te sorprenderás con los resultados!

No empieces las actividades de hoy sin la seguridad de que hay una vara en tus manos. Pero, más que eso, hay un Dios Todopoderoso a tu lado: “Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirase por recio viento oriental toda aquella noche”.

¿POR QUÉ?

Y dijeron a Moisés: ¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? Éxodo 14:11.

AMarina le gustaba salir a caminar todos los días temprano, por la mañana. No lo hacía solo por su salud: esa rutina de andar una hora por el parque de la ciudad, además de reportarle un beneficio físico tremendo, también le traía paz, alegría, y le daba una oportunidad para meditar.

Le fascinaba ver los frondosos árboles, a ambos lados del camino; el riachuelo, que se deslizaba como una serpiente, a su lado derecho; los primorosos jardines, bien cuidados... en fin. No se cansaba de mirarlos. Pero, aquella mañana, nada de eso parecía tener importancia, porque en sus oídos resonaban, con fuerza, las palabras llenas de ingratitud de su mejor amiga.

¿Alguna vez te has sentido incomprendido por personas a quienes extendiste la mano en un momento de necesidad? Peor todavía, ¿fueron ingratos contigo? Si ya pasaste por una experiencia parecida, tal vez logres entender cómo se sentía Moisés ante la actitud rebelde y contumaz de aquel pueblo ingrato.

Moisés solo había querido ayudarlos: Dios le había ordenado libertar a aquel pueblo de la esclavitud de Egipto, y él había aceptado el reto, a pesar de conocer las dificultades que encontraría en el camino. Pero ahora, frente al menor obstáculo, aquel pueblo ingrato acusa al líder de haberlo traído al desierto para morir.

¿Cómo te sentirías tú, en el lugar de Moisés? Necesitas saberlo porque, mientras peregrines en el desierto de esta vida y tengas una misión que cumplir, enfrentarás muchas veces a personas ingratas, que te herirán sin piedad. No te desanimes; continúa cumpliendo tu misión. La ingratitud es parte de la vida en este mundo; es la amnesia del corazón que ha perdido el camino de los sueños.

Dicen los psicólogos que la necesidad de reconocimiento es una de las necesidades básicas del ser humano; es posible. Pero, si deseas llegar a la tierra prometida de tus sueños, tienes que llenar ese vacío con la presencia de Jesús en tu vida; de otro modo, serás parte de los cadáveres que yacen en el desierto.

Levanta la cabeza, y sal hoy, para enfrentar tus responsabilidades, sin esperar gratitud de los seres humanos, motivado únicamente por el deseo de servir. Y recuerda: “Dijeron a Moisés: ¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto?”

¿CREYERON?

Y vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo.

Éxodo 14:31.

El día que Jaime se unió al grupo de Alcohólicos Anónimos, todas las miradas se concentraron en él: alto, delgado, de cabello abundante y corto, emblanquecido prematuramente, vestía con esmero. Tenía un porte que lo destacaba de inmediato.

Con voz calma, pero segura y firme, se presentó: empresario de éxito, sólida situación económica, viudo, dos pequeñas hijas. Tenía todo lo que, aparentemente, se necesita para ser feliz. Pero, su vida había perdido sentido. Estaba en el grupo después de un intento fracasado de suicidio. Y contó que, después de la muerte de su esposa, se había refugiado en el alcohol, con idea de esconderse de su dolor.

Lo que impresionaba, en la experiencia de Jaime, era que él jamás había creído en Dios; todo lo que había alcanzado en la vida lo había hecho gracias a su espíritu emprendedor y a su trabajo incansable. Pero, ahora se encontraba en una situación sin salida. Reconocía que era un pobre alcohólico, y que no podía liberarse del vicio por sus propias fuerzas.

Una de sus pequeñas hijas había sido sanada milagrosamente de leucemia, y ese hecho lo llevó a reconocer la existencia y el poder transformador de Dios; había entregado su vida al Señor. Pero, ahora necesitaba de un programa de rehabilitación para librarse del vicio.

Hay muchas personas que, como Jaime, solo entregan la vida a Dios después de una gran manifestación del poder divino. Ese fue el caso de Israel: sus dudas y sus quejas acabaron al presenciar el acto prodigioso, a través del cual el Señor los libró de las manos de los egipcios, en el Mar Rojo. No les quedó otra alternativa, sino creer en el poder libertador de Dios.

¿Crees en Jesús? ¿Crees en él porque presenciaste sus grandiosos hechos? ¿O eres capaz de creer, simplemente, por su amor maravilloso? Es admirable la manera como el ser humano cree en otro ser humano. Cuántas víctimas de engaños y estafas existen solo porque depositaron su confianza en promesas humanas, palabras bonitas que vendían ilusiones; pero no son capaces de creer en el Señor Jesús.

Haz de este un día de fe. Cree en Jesús de todo tu corazón aunque, aparentemente, no tengas motivos para hacerlo. Cree, simplemente. Pero, prepárate para ver los grandes hechos prodigiosos que él es capaz de hacer en tu vida. Y recuerda: “Y vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo”.

INTERCESOR

*Que perdones ahora su pecado, y si no,
ráeme ahora de tu libro que has escrito. Éxodo 32:32.*

¡Salvación! Dios trata de explicar, al ser humano, el precio de la salvación, de muchas maneras y en muchas formas. Cada incidente, cada historia, cada detalle de la Biblia, tiene que ver, de una u otra forma, con el tema de la salvación.

En el Jardín del Edén, es sacrificado un cordero: su sangre es derramada y, con su piel, se resuelve el problema de la desnudez humana. Supongo que, para Adán y para Eva, en aquel momento no había bendición más grande. Para ellos, la bendición fue gratuita, pero no para el cordero: el inocente animal, sin tener culpa de nada, tuvo que morir a fin de resolver la tragedia causada por los seres humanos. El cordero era un símbolo de Jesús, que un día derramaría su sangre en la cruz del Calvario.

El versículo de hoy presenta a Moisés como otro símbolo de Cristo. El pueblo había pecado, y la consecuencia del pecado es la muerte; por lo tanto, aquel pueblo debería morir. Pero, entonces se levanta Moisés, o mejor dicho, se arrodilla y suplica a Dios que perdone a su pueblo, aunque para eso fuera necesario que él muriera. Moisés no había hecho nada de malo; él no merecía morir. Quien merecía la muerte era el pueblo; pero Moisés se ofrece a morir en su lugar.

¿Coincidencia? ¡No! ¿Nobleza de parte de Moisés? ¡Tampoco! Lo que Dios estaba haciendo era enseñar a su pueblo que la única manera de salvarse del pecado es creer en la muerte de un inocente, en su lugar.

La Biblia es una carta de amor, escrita con la tinta roja de la sangre de Cristo. El amor de Dios es el tema central: un amor que sale de la simple letra y entra en el dolor de la acción.

¿Por quién intercedía Moisés? ¿Por un pueblo rebelde! Y ¿por quién murió Jesús? El profeta Isaías describe a la raza contumaz y egoísta, mencionando que todos se descarriaron; cada uno se fue por un camino diferente. Pero, a pesar de eso, Dios hizo recaer toda su culpa en una Persona inocente que, como un cordero, fue llevado al matadero y, como una oveja muda delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca.

¿Hasta qué punto esto conmueve tu corazón? ¿Hasta qué punto eso te motiva a amarlo y a andar en sus caminos? Deja de lado la inercia espiritual; abandona la monotonía y la rutina. Renueva tu entrega al Señor. Y hoy, antes de salir a la lucha de la vida, piensa en las palabras de Moisés: “Que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito”.

¡SANTIFÍCALOS!

Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana; y laven sus vestidos. Éxodo 19:10.

Es un jueves de un mes cualquiera, de un tiempo que vuela, presuroso, hacia un mañana eterno, cuando escribo este devocional. En mi mesa de trabajo, en la computadora y en mi mente, muchas ideas buscan el ropaje adecuado para salir a la vida.

El versículo de hoy habla de *santidad*. El pueblo de Israel se alistaba para uno de los momentos más sublimes de su historia: el propio Dios escribiría, con su dedo, los eternos principios de su Ley, en tablas de piedra. Y la orden que Moisés recibió fue: “Ve al pueblo y santificalo”.

Hay dos ideas básicas relacionadas con la santidad: la primera es la *consagración de la existencia*. Tú eres propiedad divina, comprado por la sangre de Cristo. Tu vida debe constituirse en el desarrollo de la voluntad de Dios, en todos los aspectos. Fuiste separado por Dios para un propósito especial, y no puedes vivir sin la conciencia de que estás en esta vida para cumplir una misión.

La otra, es la idea de la *pureza*. Dios es santo y, si deseas servirlo de forma aceptable, también debes ser santo. Los cristianos no pueden vivir ya más como lo hacían anteriormente, practicando el pecado; ni pueden permitir que los deseos que una vez motivaban sus vidas determinen el propósito de su existencia. Ambos, la conducta externa y los móviles íntimos del corazón, deben ser purificados por la gracia de Dios. El poder de Dios y sus promesas garantizan, al cristiano, la posibilidad de pureza de corazón y de vida.

Hoy puede ser, en tu vida, un día de consagración y de pureza. Al transitar por los intrincados laberintos de la realidad humana, recuerda que eres especial, nacido con un propósito y comprado a un alto precio. No te dejes engañar por las luces de este mundo, que brillan y atraen: tú no naciste para vivir revoloteando alrededor de las luces artificiales y mezquinas de esta vida, sino para vivir al lado del Creador de todas las luces del mundo.

No pierdas la conciencia de tu santidad y de la pureza que deben orientar tus pasos. Por eso, antes de iniciar tus actividades, recuerda lo que Dios indicó a Moisés: “Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana; y laven sus vestidos”.

MI TESORO

Ahora, pues, si dieres oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro, sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Éxodo 19:5, 6.

Siete de julio de 1730. Isla de Reunión, antigua Bourbon, en el mar Índico. Un pirata va a ser colgado en la horca; los soldados vigilan y el público observa. Ha llegado el fin para uno de los más ricos piratas del Índico, Olivier Levasseur, apodado “La Buse” [“El halcón”]. Con la soga al cuello, antes de ser ejecutado, el intrépido ladrón de los mares asombra a la multitud desde el patíbulo. Muestra un documento que había escondido entre sus ropas, y exclama: “¡Mis tesoros para quien lo comprenda!”

Fue de esa forma que se dio inicio a una carrera desenfrenada, en busca del supuesto tesoro de Levasseur. El desafío era descifrar un criptograma escrito por el pirata, en el que indicaba algún lugar, en el mar Índico, donde estaría escondido el tesoro. Hasta el día de hoy nadie ha logrado encontrar el tesoro de Levasseur. En las últimas décadas, ha sido buscado en las islas Seychelles, pero todavía sin resultado.

Levasseur asaltó infinidad de barcos portugueses y franceses, por todo el Índico. Su mayor golpe fue en 1721, cuando capturó un barco portugués cargado de ricos tesoros. Para disfrutar de sus riquezas, Levasseur se retiró a una isla cercana a Madagascar. Y llegó a un acuerdo con Francia, con la intención de devolver alguno de los tesoros usurpados y conseguir el perdón. Pero, esto no pudo evitar que, tiempo después, terminara siendo capturado y ajusticiado.

El versículo de hoy también habla de un tesoro; solo que, en este caso, el tesoro eres tú, y quien buscó el tesoro y lo encontró es Jesús. Por lo tanto, vales mucho. No fuiste adquirido con oro ni con plata, sino con la preciosa sangre de Jesús.

Para él, habría sido más cómodo crear otra generación de seres humanos y dejarnos abandonados a nuestro destino de muerte. Desde el punto de vista humano, habría sido lo mejor, en materia de costo/beneficio. Pero, el amor de Dios no te valora por lo que eres o por lo que haces; Dios simplemente te ama a despecho de lo que hagas o no hagas: lo único que él espera de ti es que des oídos a su voz.

Con esa visión de tu valor, sal a enfrentar los desafíos de este día. Y recuerda la promesa divina: “Ahora, pues, si dieres oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”.

DIOSES

*Se acercaron entonces a Aarón y le dijeron:
Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros;
porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto,
no sabemos qué le haya acontecido. Éxodo 32:1.*

Habían pasado algunos días desde que Moisés subiera al Monte Sinaí, para encontrarse con Dios. El pueblo, cansado de esperar, buscó a Aarón y le dijo que, tal vez, Moisés no volvería más, y sería mejor buscar otros dioses.

¿Ya te pusiste a reflexionar sobre la fragilidad de las promesas humanas? Aquel pueblo había prometido a Moisés que estaría allí, esperando a que él regresara con el mensaje de Dios. Habían sido los hijos de Israel quienes pidieron a Moisés que lo que Dios quisiera decirles se lo dijese a él, porque ellos tenían miedo de oír la voz del Señor. Y ahora, transcurridos pocos días, el pueblo no solo se había olvidado de su promesa, sino también buscaba otros dioses.

El otro día, me encontré con una persona que durante años había sido fiel a Dios y había predicado el evangelio. Hoy, no cree más en un dios personal, sino en un dios como energía, que se manifiesta en muchas formas.

Le pregunté por qué había perdido la fe en Dios. Y su respuesta me hizo recordar al pueblo de Israel: “Esperé mucho tiempo”, me dijo, “pero Dios no me respondía. Busqué, entonces, la meditación trascendental, y descubrí que no necesito de un Dios exterior: la energía vital está dentro de mí, y a eso, si quiero, puedo llamarlo dios”.

¿Hace cuanto tiempo tienes la impresión de que Dios no atiende a tus oraciones? ¿Cuánto tiempo más lo esperarás? ¿Buscarás otros dioses, pensando “no sé qué le aconteció a Moisés”?

Hoy puede ser un día para fundamentar tu confianza en el Dios invisible, Creador del cielo y de la tierra. No busques la fuerza de las cosas creadas: busca al Creador; deposita tu confianza en él. Cuando pienses que está demorando en responderte, él está preparándote para lograr conquistas más grandes. Pero, para no buscar otros dioses, necesitas alimentar tu fe mediante la oración y el estudio de la Biblia. Si no lo haces, en poco tiempo acabarás fabricando amuletos, que satisfarán tu curiosidad pero no la sed del alma, que solo Dios puede calmar.

Enfrenta la batalla de este nuevo día. Pero, recuerda: “Se acercaron entonces a Aarón y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido”.

MEDITAD

*Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos:
Meditad bien sobre vuestros caminos. Hageo 1:5.*

Una mañana, ni bien su marido salió a caminar por el parque, Laucení encontró, en la mesa de trabajo de su esposo, una libreta de anotaciones abierta. Al acercarse, percibió que se trataba de un diario. La letra era indudablemente femenina, y la fecha de la página abierta databa de muchos años atrás.

Julieta no resistió la tentación de leerlo. Los primeros renglones le dieron escalofríos: “¡Ya no puedo más! [...] no tengo más fuerzas para continuar siendo la segunda mujer de tu vida. Pienso que sería mejor, para todos, que esta pesadilla terminara de una vez [...] ¡Tengo tanto miedo!”

Laucení se echó a llorar, desesperada. Sentía que el mundo caía encima de ella: ahora tenía la certidumbre de que su esposo la engañaba. Lo había sospechado desde el día en que se casaron, pero él siempre lo había negado. No obstante, ahora tenía la prueba y pediría el divorcio.

Al ser confrontado con la “verdad”, el esposo calló. No respondió, ni argumentó, ni negó ni aceptó; simplemente se encerró en un mutismo absoluto. Ella gritó, lloró, lo agredió físicamente... Y pidió el divorcio.

Se separaron. Dos años después de la separación, fue publicado el *Diario de la mujer de azul*, y todo quedó aclarado: el esposo de Laucení era corrector, y estaba en posesión del diario como parte de su trabajo.

Laucení buscó a su esposo, pero ya era demasiado tarde: él no quería vivir más al lado de una mujer que durante quince años lo había asfixiado con sus celos.

El versículo de hoy es un llamado a la reflexión: ¿Qué estás haciendo con tu vida? ¿Qué camino sigues? ¿Hacia dónde te diriges?

Cuántos hogares son destruidos porque los esposos no toman tiempo para la meditación: meditar, primero, en la Palabra de Dios; después, en las actitudes, a la luz de las enseñanzas bíblicas. No es fácil. Porque la meditación demanda tiempo y, a veces, preferimos correr como enloquecidos, dejándonos llevar por la corriente de la vida, antes que detenernos y reflexionar en lo que estamos haciendo.

Antes de enfrentar los desafíos de este día, medita: ¿Qué cosa podría ser hecha de un modo diferente? ¿Por qué las cosas no salen como deseas, a pesar de que te esfuerzas porque todo salga bien? Presta atención al consejo divino: “Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad bien sobre vuestros caminos”.

TU GLORIA

Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. 1 Pedro 4:11.

La gloria de Dios! Lo que somos y tenemos es para su gloria. No somos nuestros: somos hechura suya, y el propósito de nuestra vida debe ser glorificar su nombre.

En el Antiguo Testamento, una de las tareas de los levitas era cuidar los utensilios que se utilizaban en el Tabernáculo. Imagino que eso significaba lavar, limpiar y pulir los enseres, que eran de oro, plata y piedras preciosas. Cada vez que se necesitasen esos elementos, debían estar listos, limpios y bien cuidados.

¿Cuál es la aplicación de este incidente para tu vida? Los utensilios, en aquellos tiempos, eran instrumentos que servían a fin de apoyar el servicio al Señor. Estaban en el Tabernáculo para asistir en lo que tenía que ver con el ministerio al Señor. Por eso, era importante que el instrumento siempre estuviera listo, dispuesto y preparado. Esos “utensilios”, hoy, podrían ser los dones y las habilidades que Dios te dio.

Pero, es necesario recordar que los dones que tienes son para la gloria de Dios, y no para tu gloria. Por eso, es importante que, como “sacerdote”, asumas el compromiso de mantenerlos en óptimas condiciones: en el momento en que Dios requiera de ellos, deben estar pulidos, brillantes, limpios y listos para dar realce al servicio del Señor.

Para que esto sea una realidad en tu vida, Jesús necesita ser el centro de tu experiencia; de otro modo, los dones y los talentos que recibiste por parte de Dios se colocarán al servicio de tus propios sueños y planes personales, humanos y egoístas.

Conocí jóvenes brillantes, con dones extraordinarios, que usaron sus capacidades para buscar fama, gloria y aplausos humanos. Alcanzaron alguna cosa, tal vez. Pero ¿dónde están hoy? Y peor aún, ¿tienen paz en su corazón? ¿Pueden dormir tranquilos, al llegar la noche?

Haz de este un día de servicio al Maestro. Dedícale tus dones: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”.

ENVIDIA

Y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros? Y lo oyó Jehová. Números 12:2.

Sucedió en el desierto. De repente, sin motivo, los hermanos de Moisés se sintieron postergados, olvidados, relegados a un segundo plano, y dieron lugar a la envidia en su corazón. La envidia es terrible: es propio de la naturaleza humana, y todos, de una u otra forma, la llevamos dentro. Algunos, incluso, por doloroso que suene, corremos el riesgo de llevarla bastante afuera.

Allá, en el desierto, el Señor reprobó la actitud de Aarón y de Miriam. Ella quedó leprosa y, si no fuese por la intercesión de Moisés, tal vez habría muerto. ¿Cuál fue la disculpa de ellos, para anidar a la envidia en su corazón? La importancia que el pueblo le daba a Moisés: ¿Por qué solo a él? ¿Por qué no también a nosotros?

Ellos tenían su lugar: Miriam era la directora del coro de Israel, además de coordinar las actividades de las damas; Aarón era el sumo sacerdote. ¿No podrían haber desarrollado sus respectivos trabajos sin fijarse en el trabajo del hermano? Podrían haberlo hecho, sin duda, pero el problema de la envidia es justamente ese: el envidioso vive enojado con todos, por sentirse inferior; y las otras personas ni siquiera advierten su presencia. Él deambula entre la gente, fijándose en lo que los otros tienen y él no tiene, en lo que ellos hacen y él no puede hacer. La vida pasa, y no se da cuenta de que ese sentimiento es, precisamente, el que lo hace cada vez más pequeño e insignificante.

Dios te confió algún don; trabaja con él para gloria del Señor. No mires los dones que Dios confió a los demás; en este mundo, hay un trabajo que solo tú puedes hacer, porque nadie más es igual a ti.

Tienes un nuevo día delante de ti. Sé feliz, haciendo el trabajo que sabes y puedes hacer; a fin de cuentas, este mundo es como un inmenso cuerpo, en el cual cada miembro es importante y en el que existe una misión para cada uno.

No pierdas el tiempo, queriendo hacer el trabajo de otro solo porque te parece bonito, encantador o más interesante. Si crees que nadie nota tu trabajo, sigue adelante. No esperes que tu satisfacción nazca del reconocimiento ajeno, sino del deber cumplido. Y recuerda que, un día, Aarón y Miriam dijeron: “¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?”

MIEDO

*No podremos subir contra aquel pueblo,
porque es más fuerte que nosotros. Números 13:31.*

El miedo paraliza; acaba con los sueños, con los planes y con las ganas de vivir. El miedo es larva insidiosa, que come por dentro sin que tengas conciencia de tu drama. Cuando despiertas a tu triste realidad, ya es demasiado tarde. Dicen que, de cada siete personas, una vive presa de algún miedo; es un dato alarmante. Las personas se encierran en sus temores y crean monstruos asustadores que solo ellas ven.

Existen muchos tipos de miedos: miedo de la gente, miedo de perder el empleo, miedo de salir a la calle, de trabajar, de tomar el ómnibus, y hasta de ir a la iglesia, etc. De todos esos miedos, creo que el más terrible es el miedo a ser feliz.

El versículo de hoy habla de ese miedo, y muestra que la causa del miedo, en las personas, es la falta de fe en Dios y en sus promesas: cuando dejo de creer en Dios, todo a mi alrededor se vuelve amenazador; y si Dios no habita en mi corazón, con toda seguridad el miedo se apoderará de mi corazón.

Israel había llegado a la frontera de la Tierra Prometida. Un paso más, y se apoderaría de la herencia ofrecida a sus padres. Las promesas de Dios eran seguras: nadie sería capaz de resistir en pie delante de ellos. Pero, en la hora primordial, permitieron que el miedo se apoderase del corazón, y no quisieron avanzar.

“No podremos subir contra aquel pueblo porque es más fuerte que nosotros”. ¡Mentira! La razón de su temor no era la fortaleza del enemigo, sino la falta de confianza en las promesas de Dios.

Todos encontramos enemigos en el camino; es la lucha diaria: obstáculos, dificultades, preconcepciones, desafíos aparentemente difíciles de ser vencidos. Si piensas que fracasaste, no intentes más luchar: ya estás fracasado. Pero, a la hora de enfrentar los problemas, que tus ojos no se fijen en el adversario, sino en el Dios que te prometió que te llevará a Canaán y te entregará la tierra.

¿Cuáles son tus adversarios hoy? ¿Qué es lo que tanto te asusta? Piensa en Dios: jamás un hijo de Dios, escondido en las manos del Todopoderoso, perdió una batalla. Este puede ser el grande día de victoria que esperas. Solo que no repitas el error de Israel, que pensó: “No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros”.

MI GOZO

*Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros,
y vuestro gozo sea cumplido. Juan 15:11.*

El tránsito es intenso en el puente más agitado de Minneapolis. Es una tarde triste a pesar del verano: ayer, el huracán Dolly golpeó con fuerza el sur de Texas; a Antonio le hubiera gustado estar allí, para que el huracán acabara con él. Como no fue posible, está aquí, encima de la carretera 35, con la idea absurda de quitarse la vida.

Cualquiera que viese a este joven desesperado, jamás imaginaría que hace solo 42 días él desfilaba por el corredor de una iglesia, para recibir a su novia. ¡Cómo son las cosas! No se completaron dos meses, y Antonio cree que no vale la pena seguir viviendo.

Durante la luna de miel, pensó que era el hombre más feliz. Su esposa era un regalo divino. Cuando sonreía, se le formaban dos hoyuelos en el rostro; parecían dos entradas hacia un mundo de felicidad. Pero, la dicha y el gozo les duraron poco. Verdades dichas a medias habían levantado, entre ellos, una pared de dolor e incompreensión.

¿Qué hacer ahora? Antonio nunca tomó el cristianismo en serio. Aceptó casarse en una iglesia, porque su novia insistió; para él, no hacía mucha diferencia. En su opinión, la felicidad de una pareja no debe dejarse en las manos de Dios: es el resultado de la disciplina y del esfuerzo humano. Pero, él no contaba con las circunstancias absurdas que trae la vida. Toda su disciplina era incapaz de trastocar la determinación de la esposa: estaba decidida a divorciarse.

“Es injusto”, pensaba él. “Dos vidas jóvenes no pueden ser destruidas solo porque se omitió la verdad”. Pero, la vida es así. La verdad puede ser dolorosa, pero es limpia por ser verdad; la mentira disfraza la herida, pero cuando quitas la venda, te sorprendes con una gangrena incurable.

Antonio no sabe lo que el Señor Jesús dijo un día. El gozo, el verdadero gozo, la auténtica felicidad, la dicha plena, no es fruto del esfuerzo humano: es un regalo divino.

“Que mi gozo esté en vosotros”, dijo Jesús. Solo cuando el gozo de Jesús esté en tu corazón, “tu gozo” será cumplido. La felicidad plena es el resultado natural de la presencia de Jesús en la vida: todo lo que intentes llamar felicidad, sin Cristo, es alegría hueca. Es lamentable que, para entender algo tan simple, tengamos que llegar, como Antonio, al puente más agitado de Minneapolis.

Parte hoy, para los desafíos de la vida, recordando que Jesús desea que “su gozo esté en ti, para que tu gozo sea cumplido”.

AMOR ETERNO

*Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo:
Con amor eterno te he amado;
por tanto, te prolongué mi misericordia. Jeremías 31:3.*

¡Amor eterno! ¿Qué significa *eterno*? Que no acaba nunca; que no tiene principio ni fin; que siempre es el mismo. Pero, hay muchos cristianos que creen que el amor, la gracia y la misericordia divinos son actitudes de Dios que aparecen solo en el Nuevo Testamento, y que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios de ira, de justicia y de venganza.

Si esto fuese verdad, Dios no sería Dios. ¿Qué tipo de Dios es ese, que cambia de personalidad? ¿Hizo tanto mal a los seres humanos en el Antiguo Testamento, y después se arrepintió, y se volvió bueno en el Nuevo Testamento?

Si hacemos un estudio detenido del Antiguo Testamento, veremos que la nota que más se destaca es el amor de Dios: desde el principio, cuando creó al ser humano por amor; pasando por la solución que presentó al problema del pecado, después de que Adán y Eva cayeron; y mostrando su paciencia con un pueblo contumaz y rebelde, como el pueblo de Israel, el amor de Dios siempre estuvo presente.

Si un día el ser humano se pierde, no será porque Dios haya dejado de amarlo, sino porque el propio hijo habrá llegado al punto de volverse insensible al amor divino.

El otro día, un joven me abordó con la siguiente pregunta: “Si Dios me ama, ¿significa que no debo preocuparme por vivir una vida justa, porque el amor de Dios finalmente me salvará?” ¡Este puede ser un error catastrófico! El amor de Dios no acaba nunca, pero tu corazón puede llegar al punto de que el amor de Dios ya no tenga más ningún valor para ti.

Nadie se va a perder porque Dios dejó de amarlo; pero, el amor de Dios no salvará a quien jugó con su misericordia. Cuando finalmente el Señor Jesús aparezca en las nubes de los cielos, vendrá para destruir el pecado para siempre. Del mal no restará ni raíz ni rama, y los únicos seres humanos que serán destruidos, junto con el pecado, serán aquellos que no quisieron abandonarlo, y se aferraron del pecado hasta el fin.

Por eso, la Biblia afirma constantemente que hoy es el día de buena nueva. Y hoy es el día de salvación. Haz de este un día de decisiones sabias. Entrégale el corazón a Jesús, no juegues con su amor, y sal rumbo a los desafíos de este día oyendo la voz de Dios, que te dice: “Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”.

UNA CARTA DE AMOR

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. 2 Timoteo 3:16, 17.

Son las 5:14 de la mañana, en el aeropuerto Saint Paul, de Minneapolis. Es verano, y el sol sale temprano. Parece una bola de fuego, que incendia el horizonte. Lo puedo ver, a través de la ventana, mientras bebo un jugo de naranja en el Café D'Amico's & Sons.

Espero mi vuelo para Miami, y aprovecho el tiempo para escribir este devocional. Dos mesas a mi izquierda, un hombre moreno, fuerte, de lentes gruesos, mira a un punto indefinido; no ve nada, solo mira. Debe tener problemas: se nota en su rostro, marcado por la vida; en la expresión de su voz cuando atiende el celular. Dice algo como: "¿Para qué me quieres de vuelta? Mi vida está llena de errores, no valgo nada".

¿Algún esposo que abandonó el hogar? ¿Un novio que no alcanzó las expectativas de la novia? ¿Un hijo que frustró al padre? No lo sé; lo veo sufrir, y pienso en el texto de hoy. Pablo habla de la perfección y de las buenas obras. El apóstol afirma que el propósito de la Biblia es instruirte y prepararte para "toda buena obra". ¿Sabes a lo que se refiere Pablo, con esta expresión? Al éxito, a la realización, a la prosperidad. ¿No es eso lo que tanto deseas en la vida?

Te preparas durante años en la universidad, realizas cursos de especialización; sacrificas tiempo, dinero y esfuerzo. Tu objetivo es vencer, y ser feliz. Pero, lo que consigues, en realidad, es conocimiento. El conocimiento informa; la información ayuda, pero no te hace realizado ni feliz. Necesitas de sabiduría, pero no la recibes en las universidades: proviene de Dios, a través de su Palabra.

Solo la Biblia es fuente de corrección y de instrucción en justicia; solo ella es manantial de valores y de principios que dan vida y sentido al conocimiento humano: el conocimiento, sin valores espirituales, te ensoberbece, te llena de orgullo y te vuelve autosuficiente. El éxito, sin Dios, te convierte en el centro de un universo que solo existe en tu mente. Confundes riqueza con prosperidad, placer con felicidad, vida con existencia... Y sufres. Tu sufrimiento, aparentemente, no tiene razón de ser; pero, está presente en tus noches y en tus días.

Abre la Palabra de Dios hoy. Busca sabiduría; busca a Jesús. Camina con él a lo largo del día, y no te olvides de que la Biblia fue escrita para "redargüir, enseñar, corregir en justicia y prepararte para toda buena obra".

NO VERÁN

No verán la tierra de la cual juré a sus padres.

Números 14:23.

La vida está hecha de decisiones. Para bien o para mal. No existe destino, en el sentido determinista: existe el *resultado de las decisiones*. El pueblo de Israel es un ejemplo de eso. Dios le había prometido la tierra de Canaán; lo había sacado de Egipto con mano fuerte; había cuidado de él a lo largo del desierto, y en menos de dos años los había hecho llegar a la frontera de Canaán.

Este era el momento de la decisión. ¿Crear o no crear? ¿Avanzar o quedarse? El pueblo decidió quedarse. No creyó en las promesas divinas; pensó que moriría en la frontera. Y así fue. No porque Dios lo castigó; tampoco porque su “destino” era morir allí. Así fue, simplemente porque así lo decidió. La vida es el resultado de lo que decides y cómo decides. La muerte, también.

Al leer el versículo de hoy, la primera impresión es que Dios está condenando al pueblo: “No verán”. Generalmente, esa es la visión que tenemos de la vida: que lo que nos sucede depende de otros o, acaso, de las circunstancias que nos rodean. Y no podríamos ser simplistas al punto de pensar que no existen factores adversos o personas de mala voluntad: esa es una realidad de este mundo de pecado. Pero, la otra realidad es que la situación en que te encuentras no es el resultado de factores ajenos, sino consecuencias de tus decisiones. El pueblo de Israel decidió quedarse cuando debería haber decidido avanzar; la disculpa fue el poder bélico del enemigo. En fin, disculpas nunca faltan. Pero, si quieres dar una media vuelta en tu vida, es necesario revisar tus decisiones y reconocer dónde fallaste.

En cierta ocasión, una niña, de apenas 16 años, vino a pedirme un consejo: quería saber qué debería hacer, porque el novio la había agredido físicamente en la calle. ¿Qué debería hacer? Aquel era un momento para tomar decisiones: ¿Qué se puede esperar, en el futuro, de un joven que, en la época de noviazgo, agrede físicamente a una chica? Ella decidió; pero, decidió en forma errada.

Algunos años después, me encontré con ella. Destruída por la vida y por el maltrato de un hombre que, después de haberla agredido durante diez años, la abandonó con tres hijos pequeños.

Decisiones. Hoy es un día de decisiones para ti todos los días lo son. Pero, pide a Dios que hoy te ayude a tomar decisiones sabias. No sea que, un día, como resultado de tu decisión, oigas la voz de la propia vida diciéndote: “No verán la tierra de la cual juré a sus padres”.

CELOS

*Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación
y toda obra perversa. Santiago 3:16.*

Fue apenas el gesto de una extraña; una mirada fugaz, interpretada de modo equivocado en el laberinto de la mente de ella. A partir de allí, cada palabra que salía de su boca era una saeta cargada de ironía y de doble sentido. Habría heridas en el corazón del joven esposo; le hacía sangrar gotas de dolor profundo.

Fantasmas imaginarios invadían el mundo de Manuela. No quería verlos; intentaba rechazarlos. Y, sin embargo, se asustaba y corría a esconderse en la ironía de sus palabras y en la confusión de sus agresiones. El matrimonio no duró cinco años. El saldo, triste: dos vidas semidestruidas y un niño con los padres separados.

Los celos, “el vicio de la posesión”, como Jacques Cardonne los denominan, han sido, desde la entrada del pecado, la causa de muchas infelicidades. Podríamos definirlos como un estado emotivo de ansiedad, que domina por completo a una persona. Se caracteriza por el miedo ante la posibilidad de perder lo que se tiene, o se considera que se tiene o se debiera tener. Puede ser el amor, el poder, la imagen profesional o social, en fin.

Manuela quedó sumergida en un mar profundo de tristeza y de angustia. Empezó a perseguir al ex esposo; fue a parar a la prisión, por intento de asesinato. Y solo allí, sin saber adónde ir en busca de auxilio, entregó el corazón a Jesús.

Con frecuencia, el ser humano corre la carrera que no tiene fin. Busca sin encontrar, hasta que, un día, extenuado de intentar e intentar, cae sin fuerzas en algún rincón de la vida, esperando el instante fatal.

Fue en esas circunstancias que Jesús encontró a Manuela. Su amor infinito llenó el vacío del finito corazón de la joven desesperada; curó sus heridas. Y ella entendió que no necesitaba tener, ni poseer ni apoderarse de lo que nadie entrega por la fuerza: el amor.

Ya pasaron años de esto. Muchos soles salieron y se pusieron; muchas lunas cambiaron de forma y se renovaron. Y Manuela continúa sintiendo el corazón lleno del amor a Jesús.

Hoy es, también, un nuevo día para ti. Cada día es nuevo, porque es la hoja en blanco que Dios te entrega con el fin de que escribas una nueva historia. Tómate de la mano de Jesús; siente su amor. Yergue la cabeza, y mira hacia los horizontes sin fin, recordando que “donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa”.

ELLOS LA RECIBIERON

Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Juan 17:8.

La Biblia es el libro más leído en el mundo. El más amado, sin duda, pero también el que tiene más enemigos. La historia está manchada con la sangre de muchas personas que pagaron con su vida el hecho de poseer un ejemplar. ¿Por qué tanto odio hacia la Biblia? Hay una causa sobrenatural: existe un adversario, Satanás, que no soporta la existencia de un libro que muestra su derrota.

La causa de esta hostilidad es que la Biblia va en contra de lo que a la mayoría de las personas les gustaría oír. No elogia nuestra civilización; no presenta al hombre como un ser noble, que se encamina hacia un hermoso ideal humanista. Por el contrario, muestra su alejamiento de Dios y su degradación moral; reprueba sus pasiones y le aconseja volverse de sus malos caminos.

En la oración sacerdotal de San Juan 17, el Señor Jesús agradece al Padre porque las palabras que recibió de él las entregó al ser humano, y algunos las recibieron. ¿Qué significa *recibir la Palabra*? Hay muchas maneras de encarar el estudio de la Biblia: algunos la estudian solo buscando alimentar el intelecto; y sin duda la Biblia tiene respuestas para satisfacer la curiosidad del ser humano. Pero, ella es más que simplemente un libro de texto.

Otros, leen la Biblia como si fuese un amuleto; piensan que existe algún poder sobrenatural en la lectura de un versículo diario. Tal vez, no se den cuenta, pero inconscientemente, la lectura de la Biblia para estas personas no es más que un ritual, como cualquier otro ritual. El poder es atribuido al hecho de leer la Biblia, y nada más.

Pero, en el versículo de hoy, el Señor Jesús habla de quienes recibieron la Palabra: estos son los que leen la Biblia con el propósito de encontrarse con Jesús, de oír su voz, de recibir sus consejos. Y no se quedan simplemente allí, sino que, después, en una actitud obediente, se disponen a llevar a la práctica los consejos divinos.

La Biblia es el manual de supervivencia: nos muestra el camino; nos advierte de las zancadillas que pueden aparecer adelante; nos infunde ánimo para continuar avanzando, cuando el camino es tortuoso, en fin...

No salgas, esta mañana, sin tomar la decisión de leer más la Biblia y de ajustar tu vida a sus enseñanzas. Y recuerda la oración de Jesús: “porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste”.

NADIE COMO DIOS

*Los montes tiemblan delante de él, y los collados se derriten;
la tierra se conmueve a su presencia, y el mundo,
y todos los que en él habitan. Nahum 1:5.*

Es temprano. Te despiertas dispuesto a iniciar las actividades de un nuevo día, pero sientes el sabor amargo de la impotencia ante una montaña de dificultades. Crees que no tienes fuerzas; estás cansado de luchar, y el miedo empieza a apoderarse de tu corazón. ¿Qué hacer? Lee de nuevo el versículo de hoy. Te habla de un Dios Todopoderoso, en cuya presencia los montes tiemblan y los collados se derriten.

El profeta Nahum exalta el poder de Dios. A veces, para entender por experiencia propia lo que significa el poder de Dios, es necesario llegar al extremo de la incapacidad humana. Conozco personas que decían ser ateas hasta que un día, en el momento de la desesperación, sin saber qué hacer, cuando todos los recursos humanos habían fallado, no les quedó otra alternativa que reconocer a Dios.

Y lo maravilloso es que Dios no echa en cara la incredulidad pasada. No dice: “Ah, te acordaste de mí porque todo te falló”; él, simplemente, abre los brazos y te recibe, dispuesto a darte una nueva página de inicio.

La Reina Victoria estaba conmemorando sesenta años del trono monárquico en Inglaterra, cuando Rudyard Kipling publicó su poema denominado “Himno de clausura”. Muchos ingleses se sintieron ofendidos, porque el poema agredía el orgullo nacional, en una época en que el Imperio estaba en todo su auge. “Himno de clausura” es un poema que hace referencia al peligro de confiar demasiado en sí mismo; y menciona que otros imperios del pasado cayeron por causa del orgullo nacional.

Kipling no estaba equivocado: muchas naciones, en el pasado, pensaron que Dios no podría hacer nada en contra de ellas. ¿Dónde están hoy? Solo quedan sus ruinas. Sí, los montes y los collados desaparecen ante la presencia de Dios. ¿Qué será, entonces, del ser humano mortal?

La única garantía de victoria y de permanencia es Jesús. Y la mejor decisión que la persona puede tomar es seguirlo. Aquel que está en Cristo, aunque esté muerto, vivirá. Deposita toda tu confianza en él.

No importa cuántos soldados formen parte del ejército enemigo que tienes que enfrentar hoy; no importa las armas sofisticadas que ellos traigan: tu seguridad es el Dios de los ejércitos de Israel. Sal sin miedo, porque “los montes tiemblan delante de él, y los collados se derriten; la tierra se conmueve a su presencia, y el mundo, y todos los que en él habitan”.

CONSECUENCIAS

Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento. Sofonías 1:15.

¿Cuándo fue la última vez que cantaste un himno sobre el futuro Juicio del mundo? Creo que a nadie le gusta pensar en el día final, el día del ajuste de cuentas. Pero el “Día del Señor” es un concepto bíblico que debemos tomar muy en serio, pues nos dice hacia dónde están yendo las cosas y cómo terminarán.

El evangelio significa “Buenas nuevas de salvación”. A todos nos gusta escuchar esas buenas nuevas; multitudes llenan estadios para deleitarse con las maravillas de la gracia de Dios. Pero, el evangelio no tiene solo que ver con un estado de bienestar pasajero en este mundo; no es solo la tranquilidad de una conciencia que se sabe perdonada: es, también, la conclusión definitiva del pecado.

¿Qué valor tendría ser salvos, para continuar viviendo en este planeta maldito por el pecado? ¿Cuáles serían las bendiciones de la salvación, si tuviésemos que continuar enterrando a nuestros seres queridos, tocados por la muerte? El evangelio es la buena nueva de que el pecado tendrá fin, y de que el mal no se levantará por segunda vez.

Solo que el día del Señor vendrá acompañado no solo de la melodía de las trompetas de júbilo, sino también de la furia de una naturaleza descontrolada. Y, ese día, los seres humanos se dividirán en dos grupos: los salvos y los perdidos. Los primeros levantarán las manos al cielo, para recibir al Señor, con quien vivieron en esta tierra una vida de compañerismo, solo por la fe.

Los segundos, correrán a los montes y a las cuevas, para esconderse de la presencia de Dios, de quien siempre se escondieron. En aquel día, glorioso y espantoso al mismo tiempo, no habrá un tercer grupo: ese día, será claro que no todos los caminos llevan a Dios.

Hoy es el día de buena nueva; hoy es el día de decisión. ¿Qué tipo de experiencia tienes con Jesús? ¿Es, para ti, solo una teoría, una doctrina bonita, y nada más? ¿O es el Amigo y el Señor de todos los días, de cada hora y de cada minuto?

No empieces el día sin renovar tu voto de entrega a Jesús. Nada tienes que temer, con relación al futuro, si hoy aprendes a vivir en comunión permanente con él. Aunque “día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento”.

NO TEMÁIS

Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Lucas 2:10.

“**N**o temáis”. ¡Qué anuncio maravilloso! “Vine a traerles la más extraordinaria noticia que alguna vez alguien podría recibir”. Son “nuevas de gran gozo”. ¡Gozo! ¿Entiendes? El gozo divino no es la alegría pasajera que la carne proporciona: el gozo divino es aquel sentimiento maravilloso de saber que Dios te acepta como eres: aquel deseo de salir corriendo por las calles de la vida, y gritar a todo el mundo: “No tengo más miedo, estoy libre”.

Y, lo mejor de todo, esas buenas nuevas de gozo son “para todos”, les dijo el ángel. Los pastores estaban, aquella noche oscura, aprensivos y llenos de expectativas. Habían estudiado las profecías, y sabían que el Mesías debería nacer: ellos aguardaban la llegada de alguien que les traería el regalo. De repente, en la penumbra de las colinas de Belén, el propio Padre rompe la oscuridad del pecado, trayendo el mayor presente, envuelto en pañales, en un pesebre. Y dice a los pastores: “Os ha nacido hoy en la ciudad de David, un salvador, que es CRISTO el Señor”.

Creo que muchos cristianos todavía no han entendido esta declaración. La palabra CRISTO (Enviado) está escrita, en el original, con letras mayúsculas. Destaca la misión redentora de Jesús. El texto dice más: añade que la señal de que Jesús era el Cristo sería encontrarlo “envuelto en pañales, acostado en un pesebre”.

Pobreza, sufrimiento, limitaciones... Todo ello acompañó a Jesús, a lo largo de su existencia. Fue perseguido; huyó a una tierra lejana. Todo eso ¿para qué? Para que tú vivas la vida abundante, las nuevas de gran gozo: su pobreza es tu riqueza; sus limitaciones, tu abundancia; su muerte, tu vida.

Nadie tiene el derecho de vivir una vida sin ambiciones, alegando que Cristo fue pobre. La pobreza es una de las consecuencias que el pecado trajo a este mundo; por lo tanto, mientras exista el pecado existirá pobreza. Pero, Jesús vino a liberarte de la mediocridad y el conformismo; vino a liberarte de la ignorancia y de la miseria. La salvación que él ofrece no tiene que ver solo con la vida eterna, que recibirás en ocasión de su retorno triunfante a este mundo, sino también con una vida de alegría y gozo, en esta tierra.

No salgas hoy sin meditar en las palabras del ángel: “Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo”.

EL PRESENTE

*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros
[y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre],
lleno de gracia y de verdad. Juan 1:14.*

¡Noche de Navidad! Un niño da vueltas en la cama, de un lado para el otro. Quiere dormir o, mejor dicho, intenta dormir, aparenta que duerme. Pero, el sueño no viene. ¿Quién podría dormir, dominado por la ansiedad y la expectativa?

El niño espera. Sabe que alguien entrará en su cuarto en cualquier momento, y colocará un juguete en su cabecera. Al día siguiente, sus padres le dirán que fue el Viejito navideño, Papá Noel, quien dejó el presente. Es medianoche. Los hermanos menores duermen. El silencio y la penumbra dominan la casa. Suspense... Entre las sombras, provocadas por la luz mortecina de una simple vela, el niño ve entrar a una persona. Su corazón parece que se le va a salir por la boca: late escandalosamente; hace mucho ruido, demasiado ruido para un momento tan solemne como aquel. El niño reconoce a la persona: es su padre. El hombre de figura fina, bajo de estatura, duro como el roble, camina en puntillas de pie, para no despertar a sus hijos. Y lentamente, con cariño, casi con ternura —un cariño y una ternura que no condicen con su rostro severo—, va colocando un juguete en la cabecera de cada hijo. Después, se retira del cuarto, como una sombra misteriosa que desaparece cuando sale el sol.

El niño era yo. En aquellos tiempos, la Navidad tenía un sabor diferente, para mí. Hoy, creo que la Navidad fue establecida para los niños; tal vez, porque se la relaciona con regalos y presentes, juguetes y dulces. Pero cada Navidad, por algún motivo, no acuden a mi memoria los juguetes ni las luces; ni siquiera los panes dulces o el chocolate con leche, que hervían en la cocina a leña. Me acuerdo de mis viejos padres; del cariño que tenían por sus hijos; de su esfuerzo por brindarles una Navidad feliz. Y entonces pienso en el amor de Dios, el Padre de los seres humanos; y pienso, también, en el presente maravilloso que nos dio, en la persona de su Hijo. No lo envolvió en papel colorido. Lo hizo ser humano; lo envolvió en carne, y lo hizo nacer como un sencillo niño, en un pesebre humilde.

¿Para qué? Para morir: era la única manera de salvar al ser humano. ¿Qué harás con ese Presente? Piensa: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”.

TENTACIONES

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Santiago 1:12.

Si hay algo que perturba incesantemente al cristiano, son sus derrotas ante la tentación. “No logro resistir”; “Soy demasiado carnal”; “¿Qué hago con mi vida?”; “Soy demasiado débil”.

Estas y otras afirmaciones son expresiones de frustración de cristianos sinceros. Creo que nadie, por voluntad propia, quisiera ser un fracasado. Todos se esfuerzan, luchan, tratan de controlar sus tendencias; pero parece que nada da resultado. ¿Existe solución?

El problema es que, al llegar la tentación, concentras tus esfuerzos para no caer, en lugar de concentrarlos en no separarte de Jesús. Al hacer esto caes, no porque la tentación haya sido demasiado fuerte, sino porque te separaste de Jesús. Y él ya lo advirtió: “Sin mí nada podéis hacer”. Nada. ¿Entiendes? Mucho menos, resistir la tentación.

Entonces, ¿cómo enfrentar la tentación? Si tu vida es de una constante comunión con Jesús, todo lo que necesitas hacer, al llegar la tentación, es decir a Jesús lo que estás sintiendo o pensando. Te puede parecer extraño, al comienzo. Hay cosas que no tendrás el valor de contar a Jesús. ¿Cómo decirle, por ejemplo, que estás planeando salir con una persona que no es tu cónyuge o que estás pensando ir a un lugar que no es compatible con la vida cristiana? “No, no; esto no funciona”, puedes pensar. Pero ahí está la clave del problema.

Ya que no tienes el valor de contarle a Jesús lo que estás sintiendo, comes el error de cortar la relación con Jesús.

La próxima vez que la tentación aparezca, cuenta a Jesús lo que estás sintiendo, aunque te parezca irreverente y atrevido. No te separes de Jesús.

Si llevas este consejo a la práctica, percibirás que, mientras vas dialogando con Jesús, el deseo pecaminoso empieza a desaparecer, de manera natural: ¡Venciste! No porque te hayas esforzado por no caer, sino porque luchaste para no separarte de Jesús. Continúas siendo justo no porque evitaste cometer un acto pecaminoso, sino porque no te separaste de la Fuente de la justicia, que es Jesús. A su lado, no hubo lugar para el pecado. Satanás y sus huestes fueron derrotados: Cristo venció en ti; por ti; y para ti. “Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman”.

TODOS MUEREN

Y murió allí Moisés siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. Deuteronomio 34:5.

Douglas no acepta la muerte de su padre. Fue una muerte triste, es verdad. Todas las muertes lo son; especialmente cuando se tiene 42 años de edad y muchos sueños. Un cáncer consumió la vida del padre de Douglas. En solo un año, se fue apagando, como una vela consumida por el fuego. El golpe fue tan duro que Douglas se volvió en contra de Dios y se apartó de la iglesia. ¡Muerte! ¡Oh, muerte, ingrata y cruel! ¿Cuánto tiempo más continuarás arrancando lágrimas y sembrando desesperación?

El versículo de hoy relata la historia de uno de los más extraordinarios líderes que el mundo conoció: un gigante de la historia. Pero, los gigantes también mueren. Vivimos en el imperio de la muerte; es nuestra triste y dolorosa realidad. ¿Ya era un anciano Moisés y le había llegado la hora de morir? No, todavía tenía planes. La Tierra Prometida todavía no había sido conquistada; había sacado a su pueblo de la esclavitud y le había prometido llevarlo a la tierra que manaba leche y miel.

Pero, una noche, cuando ya estaban en la frontera, listos a entrar en la tierra de los sueños, se le presentó el Señor y le dijo: “Moisés, sube al monte Nebo”. Y desde allí le mostró la Tierra, y agregó: “Mira la tierra, porque para allá tú no pasarás”.

Triste final, para un soñador como Moisés. Él no había salido de Egipto para morir en una montaña solitaria; ¿por qué Dios no le daba la oportunidad de realizar su sueño?

Aquí hay una verdad que Douglas no logró entender: el mejor momento para que un hijo de Dios descanse es cuando Dios permite que descanse. Puede ser doloroso y triste; desde el punto de vista humano, puede parecer injusto y cruel. Pero, es la verdad más misericordiosa que existe. Dios nunca falla. Sus pensamientos, para con el ser humano, son pensamientos de paz y no de guerra; de amor y no de odio.

Si has perdido a un ser querido y no logras aceptar esa realidad, ve a Jesús y llora a sus pies. Pero, pídele que coloque su mano de amor en tu corazón, y que cierre la herida abierta. Confía en el Señor: él nunca haría algo para tu mal. “Y murió allí Moisés siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová”.

GRATITUD

Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación.

Salmo 90:1.

Cuando Moisés escribió el Salmo 90, estaba recordando los milagros que sucedieron mientras conducía al pueblo por el desierto. Recordar es vivir. ¡Bendito el pueblo que tiene memoria! Triste es observar a alguien que sufre de amnesia; la amnesia es la soberanía del olvido. Un hombre que se olvida de su pasado vive un presente desprovisto de significado; y el futuro le parece incierto y atemorizante.

El pasado te da fuerzas para continuar hacia delante; te confronta con tu historia, aunque esa historia sea el registro de las cosas buenas y malas que sucedieron. Olvidar es el lado opuesto del recuerdo. Olvidar es morir; morir de a poco, lentamente. Consumido por el frío de la indiferencia o de la ingratitud.

Al agradecer, Moisés tenía un motivo para ser grato. La gratitud le inspiraba seguridad; sin seguridad, no hay vida. Si observas a un niño de pocas semanas, vas a notar cómo la necesidad de seguridad lo lleva a aferrar, con fuerza, lo que encuentra cerca de él. Él no tiene conciencia de eso: la seguridad es una necesidad inconsciente, pero vital. Nadie se desarrolla, en plenitud y equilibrio, si no se siente seguro. Lo que poca gente sabe es que la gratitud genera seguridad; mucho más, cuando la gratitud es dirigida a un Ser eterno y poderoso, como Dios.

Dios no espera que sus hijos le sean agradecidos porque él se alimenta de gratitud; no. La gratitud no es un “deber” que el “buen cristiano” tiene que cumplir. La persona beneficiada por la gratitud no es la que recibe el agradecimiento, sino la que agradece. Hacer una revisión de las bendiciones recibidas de parte de Dios te recuerda, como dice Moisés, que “tú nos has sido refugio de generación en generación”. Quiere decir, las generaciones pasan; los tiempos se van; días, meses y años se transforman en historia. Pero ¡tú, oh, Señor, continúa! Continúa siendo el mismo ayer, hoy y por los siglos. Mi temporalidad puede esconderse en el refugio de tu eternidad. ¿Por qué podría, entonces, asustarme la enfermedad o la fugacidad de las pruebas pasajeras de esta vida? Estoy seguro, en la eternidad divina. Nada ni nadie me amedrentará.

Llegamos casi a fin de año. Haz un alto y agradece. No empieces el nuevo año sin reconocer: “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación”.

PERMANENCIA

Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios. Salmo 90:2.

La vida es pasajera! Desde la entrada del pecado en este mundo, todo lo que empieza termina. Todo llega a su fin; nada dura. Asimismo, existen cosas como la montaña, símbolo de permanencia.

Si tú ves una nube en el cielo azul, es posible que una hora después ya no la encuentres más allí; si tú dejas un árbol en algún lugar, es probable que, cien años después, el tiempo lo haya deteriorado. Pero, si tú observas un monte y vuelves dentro de cincuenta mil años, el macizo bloque de piedra estará en el mismo lugar. Porque, aunque en esta vida todo es pasajero, todavía hay algunos objetos imperecederos. La montaña es uno de ellos.

Pero, en el Salmo 90, Moisés mira a los montes y razona: “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, eres tú”. Date cuenta de que Moisés toma la montaña, símbolo de algo duradero, y lo describe como algo que tiene comienzo: “Antes que naciesen los montes”, dice. Los montes, por más que, en comparación con la temporalidad del ser humano, parezcan duraderos, tienen un principio. Alguien los creó; de otro modo, no estarían allí, no existirían. ¿Quién está detrás de ellos? ¿Quién los creó? ¿Quién los hizo nacer? La respuesta es “Tú”. Ese tú es un pronombre personal. En el Salmo 90, se refiere a una Persona eterna: es el propio Dios. El Dios eterno, Creador del cielo y de la tierra.

Mira de qué forma Moisés lo describe: “Desde el siglo y hasta el siglo, eres tú”. La declaración del profeta está equivocada, desde el punto de vista gramatical. La redacción correcta debería ser: “Desde el siglo y hasta el siglo, eras (no ‘eres’), tú”. Pero, es que la eternidad divina quiebra cualquier regla gramatical. Su existencia soberana quiebra todos los tiempos verbales; él no encaja en ninguno de ellos. En él, se conjugan todos los tiempos: él es Dios.

Al reconocer y agradecer a Dios por su eternidad, la temporalidad, la fugacidad, la fragilidad del siervo de Dios se transforma en esperanza. Y su necesidad de permanencia es satisfecha. Esa experiencia puede ser tuya, en el año que va a comenzar: “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”.

EL SEÑOR ES TU SOCORRO

Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro?

Salmo 121:1.

Cuando el salmista escribió este salmo, vivía uno de los momentos más tristes de su experiencia: su gran amigo y consejero, el profeta Samuel, acababa de fallecer; él se encontraba atravesando el desierto de Parán, perseguido por su propio hijo Absalón. ¿Cómo te sentirías tú, si las personas en quienes más confías te abandonan, te traicionan y se disponen a luchar contra ti? ¿Adónde acudirías, en busca de consejos y de ánimo, si tu gran consejero hubiese muerto?

David se sentía solo; no sabía dónde ir ni qué hacer. En esos momentos de tristeza y de soledad, alzó los ojos hacia las alturas de los montes de Palestina. En aquellos lugares escarpados, los paganos ofrecían sacrificios a sus dioses, creyendo que ese era el camino para la solución de sus problemas. Observando aquellas montañas, David escribió: “Alzaré mis ojos a los montes”. En otras palabras: “Ya que todo el mundo sube esas montañas en busca de respuestas, yo también iré allá”. Pero, enseguida recapacita y se pregunta: “¿De dónde vendrá mi socorro?” Aquellos que no conocían al Dios eterno de Israel subían aquellos montes en búsqueda de soluciones; pero el salmista se pregunta: “¿Subiré también yo?” En aquellas alturas sofisticadas de la sabiduría humana, del materialismo, del consumismo, del racionalismo, del relativismo, ¿es allí donde encontraré salida para mis problemas? Entonces reacciona, y se responde a sí mismo: No; “mi socorro viene de Jehová”.

¿Por qué proviene de Jehová? Por una simple razón: *el poder de Dios*: “Él hizo los cielos y la tierra”.

No existía nada. Nada había: solo el vacío, la oscuridad, el desorden; el caos. Pero, “por la Palabra del Señor, fueron creados los cielos y la tierra. Porque él dijo y fue hecho. Él mandó y existió”.

¡Ah, querido! Si Dios fue capaz de hacerlo todo, desde la nada, solo por el poder de su Palabra, ¿por qué no podría hacer maravillas en tu vida, si ya existe alguna cosa, aunque esa “alguna cosa” sea apenas una vida hecha pedazos?

Por eso, ¡levántate, en el nombre de Jesús! Tu Dios no conoce de derrotas. ¡Es Jehová de los ejércitos! vencedor del universo. El año que pasó pudo haber traído páginas tristes a tu vida. Pero, no todo está perdido, ¡levanta tus ojos a ese Dios eterno y todopoderoso! “Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro?”

¡AMANECERÁ!

*Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra,
y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová,
y sobre ti será vista su gloria. Isaías 60:2.*

¡Diciembre terminó! ¡Un año más se fue! ¿Te diste cuenta de que, en esta vida, todo se va? Se acaba la ropa, la comida se termina, la juventud se va, se deteriora la vida, en fin... Desaparecen los momentos tristes, las horas felices; todo llega a su término.

El otro día conversé con una persona que me decía: “Este fue el peor año de mi vida: perdí el empleo en julio; mi esposa falleció, consumida por el cáncer en octubre; y ahora, pocos días antes de Navidad, mi única hija, de apenas 16 años, sin haber terminado siquiera el segundo año, me da la noticia de que está embarazada. ¿Qué quieres que haga con mi vida? ¿Cómo quieres que crea que existe un Dios que se preocupa por mí?”

Nada le dije al principio; solo lo escuché. Respeté su dolor, la rebelión de su corazón herido, su desesperación. ¿Qué se le puede decir a una persona que está sufriendo terriblemente? Hay momentos en los cuales la mejor ayuda que puedes prestar a una persona es solo oírla, colocar un brazo en su hombro, dejarla llorar... A veces, pienso que Dios nos dio lágrimas con el objeto de lavar el veneno que está destruyendo las profundidades del alma; el dolor que asfixia; la hiel que ahoga el espíritu. Porque hay momentos en que todo te parece absurdo. Quieres ser feliz y, por más que te esfuerzas, no lo logras; te da la impresión de que la felicidad se te escapa por entre los dedos. Otras veces, te parece tan distante como aquella estrella que observas en el cielo azul: bella, esplendorosa, pero ajena. Sientes que no te pertenece: puedes observarla de lejos, pero es como si no tuvieses derecho a ella.

Y ahora, el año se acabó; se fue. Y ojalá que, en su alocada corrida, se hubiese llevado, también, tu dolor. Pero no; no lo hizo. Se marchó, dejándote el sabor amargo de la derrota, de las cosas con sabor a feo, a horrible, a desgracia. Y aquí estoy yo, queriendo decirte alguna cosa, y sin saber siquiera cómo empezar.

Entonces, vuelve tus ojos al texto de hoy. Porque, aunque yo, como ser humano, no sepa ya qué decirte, Dios con toda seguridad sí lo sabe. Las tinieblas de los problemas pueden envolver tu vida por completo, pero *amanecerá*. Enero llegó, trayendo la luz de un nuevo año: créelo. No te desanimas: este año que está comenzando será diferente. “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; *mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria*”.